

una Magdalena salieron del grupo, compungidos, y dijeron tímidamente:

—Yo fui ..

El padre la miró breves instantes, tan chiquitilla, que se perdía entre sus

hermanos, y sin poder creer lo que oía, levantó en sus brazos dichosos aquella heroicidad.

Claudio González Rucavado

Desempolvando ilusiones

Para el Dr. Eduardo Uribe, con cariño.

Siempre me había interesado mucho la figura de aquel viejo: alta, cenceña, que se movía con elegancia y agilidad a pesar de sus ochenta años. Me gustaba contemplar su rostro completamente afeitado, con perfil de antigua medalla romana, coronado por una cabellera blanca y abundante, metido en alto cuello, entre cuya blancura se destacaba el gran lazo negro de la corbata de raso. A mí me parecía un retrato desprendido de uno de los lienzos que colgaban en las paredes de su sala, tanto se asemejaba a sus antepasados, nobles y honrados viejos por cuyas venas corría sangre hidalga. Yo le decía que con su figura habría hecho un abate encantador del siglo XVIII y gozaba imaginándolo con la levita de amplios faldones, con tricornio, calzones hasta la rodilla, zapatos escotados adornados con hebilla de plata y haciendo sus gestos elegantes con sus manos pálidas que salieran de anchas mangas que tuviesen vueltas de encaje blanco en los puños.

Sobre él había tejido yo multitud de historias, muchas de ellas amorosas. Mi fantasía, como una hada de los tiempos dorados, lo tocaba con su varita mágica, y el viejo señor B. volvía a ser un bello muchacho adorado por las mujeres.

—Que he sido un hombre afortunado en amores? Ah! hija mía! Qué lejos se han ido los buenos tiempos de la juventud!—Y el anciano, apoyando la cabeza en el respaldo de su sillón, cerró los ojos como para ver en su interior.

—Venga acá, mi hija—dijo levantándose y llevándose delante de su mesa. Abrió una gaveta y en el fondo

de ella, ví unos papeles amarillentos, muy doblados.

—Aquí tiene mi más encantadora historia de amor, aquella cuya memoria más amo.—

Desdoblólos lentamente y con devoción. Su rostro estaba conmovido por una expresión de ternura. Al extender las hojas sentí un olor vago, suave. Lo reconocí: el olor que para mí tiene el recuerdo.

—Hace algunos meses—murmuró—registraba en la biblioteca y tropecé con un viejo libro que era como mi breviario cuando yo era un muchacho de dieciocho. Un dulce poema... Claro, cuando el corazón es joven busca alimento solamente en las páginas que destilan amor. Pues bien, dentro de él hallé esta carta... Le ayudaré a leerla... está escrita con letra algo torpe y con ortografía irreverente, pero eso no le impedirá saborear el sentimiento que movía la pequeñina mano que la escribió.

Leímos:

"Andrés, mi querido hermano Andrés: Cuántos días hace que no estás con nosotros! No he sabido todo lo que te quiero hasta que no te has marchado. La casa me parece fría, inmensa y no tengo ojos para ver a los que quedaron sino para mirar el vacío que has dejado. Mi madre me regaña a cada rato pues dice que nada hago como se debe. La costura no adelanta porque a medio hacer el hilván, me quedo pensando que te has ido tan lejos y que quien sabe cuándo volverás.

El maestro vino una noche, pero no pudo darme la lección, porque me puse a llorar. Y quieres creer, Andrés? El pobre viejecito al verme llorar, inclinó su cabeza y lloró conmigo.